

pública, o grandilocuentes declaraciones de intenciones, tan ruidosas como raquíticas.

Mientras que Rusia ha cedido una parte de sus mercados a los grandes grupos económicos que controlan el mercado mundial, esos grupos se resisten a cederle un pedazo del pastel de la división internacional del trabajo que ellos detentan. Por consiguiente, nada tiene de extraño que las empresas, los grupos industriales, que un sector cada vez más extenso de la burguesía rusa mire y tienda hacia un nacionalismo, hacia una solución propiamente rusa de los problemas económicos y sociales cada día más difíciles de controlar. Si es verdad, y lo es, que la crisis o el estancamiento de la economía occidental no permiten a los grandes grupos imperialistas hacer concesiones de una porción de sus mercados a sus hermanos rusos, éstos, antes de un suicidio colectivo como clase, estarán obligados a presentarse como una *amenaza militar* ante sus cofrades de occidente. El ropaje que decidan vestir para representar la obra es una cuestión secundaria en un teatro tan oscuro como incierto como el que se va convirtiendo el mundo tras la caída del estalinismo. Si el ropaje fuese el de un estalinismo de nuevo tipo, ya no podría llegar a ser ni la sombra del pasado. Aunque las tendencias parecen apuntar hacia un ropaje de nacionalismo gran ruso, influenciado por los mismos sectores que han dirigido la política económica rusa bajo el estalinismo: los núcleos que dirigían las empresas y los ministerios. Sólo que ahora también pueden ser los propietarios de las mismas.

Así describe la revista inglesa *The Economist*, 27-6-92, a los directores de empresas: "Una nueva fuerza política está emergiendo en Rusia. Por primera vez ésta representa un serio contrapeso para Boris Yeltsin (...). (...) está liderada por tres de los políticos más influyentes de Rusia: Alexander Rutskoi, vicepresidente, Arkady Volsky, el presidente de la organización empresarial más grande de Rusia, y Nicolai Travkin, el líder del partido político más grande y mejor organizado. En su mitin fundacional en Moscú, Volsky describió a la Unión Cívica como 'conservadora moderada'".

"El más influyente de los nuevos ministros es Vladimir Shumeiko (...). Un antiguo director de fábrica en el sur de Rusia y vicepresidente del

ingobernable parlamento, es el presidente de la Confederación de Uniones de Empresarios de Rusia, el más pequeño de los dos importantes grupos representando a los jefes de la industria estatal de Rusia" (Ib. 20-6-92). De estos grupos procede también el ya presidente del gobierno Viktor Chernomyrdin, antiguo ministro del gas. Volsky, "en otra época comisario del partido en la fábrica gigante de coches Lichachev en Moscú, que producía la limusina Zil, continuó hasta llegar a ser consejero económico de tres secretarios generales (Andropov, Chernenko, y recientemente, Gorbachov)..." (Ib.).

"Los jefes industriales a quienes representa Volsky siempre han sido influyentes en Rusia. Pero en el pasado ellos ejercían su influencia en las negociaciones sobre los planes quinquenales del gobierno" (Ib.). Resumiendo: los cerebros grises que marcaban las líneas maestras de la política económica bajo el estalinismo siguen decidiendo, como empresarios, parlamentarios y ministros, la política económica actualmente. Forman su partido, *Unión Cívica*, a la que ellos mismos califican de "conservadora moderada". Estos eran los falsos comunistas de anteayer y de ayer. Estos eran y son los portavoces de la añeja y de la vieja sociedad burguesa. Los cerebros pensantes, los planificadores del capitalismo a la rusa.

Pero al igual que en el pasado ejercían una influencia política sobre los proletarios, a través de los sindicatos verticales, hoy lo hacen con otra "táctica disuasoria", basada en el establecimiento de un consejo de negociación salarial colectiva, llamada la comisión tripartita, en la cual se sientan representantes de los sindicatos, empresas y gobierno (*The Economist*, 8-8-1992). Y prosigue la misma revista en otro informe (20-6-92): "La organización de Volsky tiene lazos con la Unión de Colectivos de Trabajo, un sindicato, y los dos grupos han fundado su propio partido, llamado Renovación".

Como se afirma en *The Economist* (Marx la definió como el órgano de expresión de la burguesía europea): "El problema vendría si los trabajadores organizados se mostraran capaces de montar un desafío independiente al gobierno" (8-8-92). Esta es, y sólo puede ser la tarea de los comunistas marxistas. ¡Por ella laboramos y laboraremos en todo el mundo!

UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE SIGUIENDO EL HILO DEL TIEMPO PRESENTACIÓN.

Ofrecemos al lector un "Filo del tiempo" escrito en 1949, "Lucha de clase y 'ofensivas

patronales'". Estando aún muy reciente la tremenda destrucción de la segunda guerra mundial, el texto

pone especial énfasis en el significado que para el marxismo tienen conceptos tales como miseria o pobreza.

La Ley general de la acumulación capitalista formulada por Marx en el Tomo I de *El Capital*, y ya bosquejada desde 1847 en *Miseria de la Filosofía*, establece que en el régimen capitalista de producción a medida que aumenta la *riqueza social* aumenta también el *ejército de reserva* y por tanto la *miseria* y el *pauperismo oficial*. Desde este punto de vista las contradicciones del capitalismo convierten a cada proletario en un mísero, ya que su supervivencia depende de las fluctuaciones del mercado.

Las crisis económicas siempre han servido, y

servirán mientras exista el capitalismo, para mostrar lo efímeras que son las "garantías" que la sociedad burguesa puede ofrecer a los esclavos asalariados. Ahora es cuando los *efectos* de las contradicciones capitalistas empiezan a ser evidentes para capas cada vez mayores de una clase obrera narcotizada por el llamado "estado del bienestar", y ofuscada por las brumas del estalinismo durante largas y contrarrevolucionarias décadas.

No quedarse en el necesario combate contra el *efecto*, sino destruir la *causa*, es la tarea del partido de la clase obrera, y una contribución eficaz es precisamente este *Filo* que transcribimos a continuación.

LUCHA DE CLASE Y "OFENSIVAS PATRONALES"

AYER

Los errores en la práctica de la lucha proletaria y las ruinosas desviaciones de ésta, que han caracterizado históricamente la época de la primera guerra mundial, y en la segunda la época de la guerra y de la posguerra, están estrechamente ligados al abandono de los perniciosos métodos del marxismo.

Marx coordinó la previsión de la insurrección revolucionaria de los trabajadores con las leyes económicas del desarrollo capitalista.

Los revisionistas del marxismo han querido encontrar el sistema defectuoso, agarrándose al retraso de un siglo con el que se encontraría nuestra revolución, mientras que Marx, por las mutadas condiciones de los medios de enlace y comunicación mundiales, previó una marcha más rápida que la de la revolución burguesa, pretendiendo que estas leyes estaban equivocadas y que el derecho más moderno del régimen burgués había desmentido la tesis central: cada vez más riqueza en un polo, cada vez más miseria en el otro.

Y desde hace cincuenta años se citan las estadísticas del aumento de la tasa salarial, de la ampliación del radio y del porcentaje de los consumos del trabajador industrial, los resultados de la vastísima maquinaria de las reformas sociales, que tienden a consolar de la caída en el hambre absoluta a los trabajadores expulsados fuera del ciclo de la actividad asalariada por accidente, enfermedad, vejez, maternidad y desocupación. Y por otra parte se pretendió que tuviese el valor de una subrogación de las exigencias socialistas, la extensión de las funciones de la máquina central estatal, de su pretendido control sobre los altos beneficios y las excesivas elevaciones de la especulación capitalista, de la distribución de los beneficios y servicios sociales y colectivos para todos.

En la visión revisionista, todo esto, tendía a diseñar la posibilidad "progresiva" de una distribución

cada vez mejor de los productos entre aquellos que habían participado en su consecución, cayendo cada vez más la poderosa aspiración socialista dentro de las inconsistentes bajezas de una campaña de hipócritas filántropos por algo tan carente de sentido como la "justicia social", bagaje teórico y literario anterior a la obra de Marx y exterminado sin piedad por ésta.

El capitalismo fue llevado desde el poemita arcádico a los horrores de la tragedia de la alocada carrera monopolista e imperialista que tuvo una primera desembocadura en la guerra de 1914; y la evidencia de que cuando esto persiste, vive y crece, a la par crecen y se extienden la miseria, el sufrimiento y los estragos, se refleja en un vigoroso retorno de los partidos obreros a las posiciones radicales y a la batalla que tiene como objetivo la destrucción, no la de enmendar el sistema social burgués.

Después de la prueba teóricamente aún más decisiva de la segunda guerra, los años que transcurren plantean el grave problema de una ausente reacción revolucionaria de los métodos de acción proletaria en el mundo...

La ley general de la acumulación capitalista está expuesta por Marx en el Libro I de *El Capital*, en el capítulo XXIII. El primer párrafo antepone que el progreso de la acumulación tiende a hacer subir la tasa de los salarios. La difusión de la producción capitalista en gran escala como en el ejemplo inglés desde inicios del siglo XV a mediados del XVIII, y como por lo demás, en todo el mundo moderno en la segunda mitad de este último, con la exigencia de un mayor número de asalariados consigue que "los salarios sigan un movimiento ascendente". Por lo tanto, es un esfuerzo vano querer desmentir a Marx con el hecho de que los salarios de los siervos del capital no han descendido. Porque a continuación de las palabras expuestas, Marx escribió las otras: "Las

circunstancias más o menos favorables en medio de las cuales se reproduce y se multiplica la clase obrera no cambian para nada el carácter fundamental de la producción capitalista".

Y este carácter fundamental, la ley general de la que se trata, no está fijado por Marx sólo en la relación obrero - patrón, sino en la relación del conjunto de las dos clases. La composición de las mismas varía continuamente. En la clase burguesa la riqueza acumulada se concentra dividiéndose en un número de manos cada vez menor y sobre todo en un número cada vez menor de grandes empresas. En la meta de esta perspectiva está expresamente el "límite que será alcanzado sólo en el momento en que el conjunto del capital social esté encerrado en una sola mano, ya sea de un único capitalista como de una sociedad de capitalistas". Engels comentó en 1890 que tal previsión de 1874, estaba verificada por los "modernísimos trusts americanos e ingleses". El entonces marxista radical Kautsky remachó veinte años después, que el fenómeno había inundado a todo el mundo capitalista. En 1915, Lenin desarrolló la teoría completa del imperialismo. La escuela marxista actual tiene los materiales para completar el clásico texto con las palabras: "... o incluso del estado capitalista nacionalizador, aunque tenga a la cabeza a los Hitler, a los Atlee o a los Stalin".

En la otra parte de la trinchera social, Marx sigue en aquel análisis central, como en toda su obra, no la oscilación de los salarios, sino la composición de la población desposeída y su variable división en ejército industrial de reserva. Y construye su ley general en el sentido de que, con la difusión y la acumulación del capitalismo, aunque caiga el porcentaje de la remuneración de los asalariados ocupados temporalmente en las empresas, crece el número absoluto y relativo de todos aquellos que están en la reserva, no teniendo tampoco los productos del trabajo de los propios brazos. En el cuarto párrafo del mismo capítulo, Marx llega a la enunciación de la ley en palabras, que se presenta bajo el nombre de la ley de la miseria creciente: "La reserva industrial debe aumentar con el aumento de la riqueza. Pero cuanto más aumenta la riqueza respecto al ejército activo del trabajo, más se acrecienta también la sobrepoblación constante cuya miseria está en razón del trabajo impuesto. Cuanto más se amplía esta tumba de Lázaro de la clase asalariada, más aumenta el pauperismo oficial".

Miseria y pauperismo para el economista filisteo son el no tener para comer. Según el monje católico citado por Marx, les ayuda la caridad, según los conquistadores actuales de América, el UNRRA. Miseria para Marx es aquella por la cual el Lázaro proletario por la "expansión y contracción" incesantes de la empresa burguesa, entra y resurge de la tumba de la cotidiana falta de medios, y esta miseria crece,

porque crece demasiado el número de aquellos que se hallan encerrados en las barreras de estas dos alternativas: agobiarse por el capital o pasar hambre.

Los revisionistas de Marx se aferraban a que éste, al escribir *El Capital*, había empezado a revisarse a sí mismo con respecto a 1848. La prueba de que no habían comprendido jamás un Kolarov, está en el hecho de que Marx mismo, en este pasaje, cita su escrito anterior al mismo Manifiesto, *La Miseria de la Filosofía*, escrita en 1847, y el índice de nota contiene las palabras: "Este carácter antagónico de la producción capitalista". El pasaje citado dice que las "relaciones de producción actuales no producen la riqueza de la clase burguesa, si no es aniquilando continuamente la riqueza de los miembros de esta clase y produciendo un proletariado cada vez más numeroso".

Por tanto, este es un punto central del marxismo, aún más, es la piedra angular del mismo, **QUE ESTÁ CADA VEZ MÁS EN PIE**, en el curso histórico de 1847-1874-1949.

Proletario es el mísero, o sea el sin-propiedad, el sin-reservas, no el mal pagado. La palabra es encontrada por Marx en un texto de 1754, según el cual, cuantos más proletarios tiene un país, más rico es éste. Es proletario según Marx, el asalariado que produce el capital y lo hace producir, y que el capital arroja al arroyo en cuanto no lo necesita. Con infinito acumen, Marx, escarnece al otro autor que habla de "proletario de la selva virgen". El habitante de ésta no es el propietario y no es un proletario. "Para que fuese tal sería necesario que, en lugar de servirse él de la selva, fuese la selva la que se sirviese de él".

El ambiente de la peor barbarie es esta selva moderna que se sirve de nosotros, selva de chimeneas y bayonetas, de máquinas y de armas, de extrañas bestias inanimadas que se nutren con carne humana.

HOY

La situación de todos los sin-reservas, reducidos a tal estado porque son dialécticamente ellos mismos una reserva, ha sido agravada espantosamente por la experiencia de la guerra. La naturaleza hereditaria de la pertenencia a las clases económicas consigue que ser un sin-reservas es aún más grave que no tener vida. Después de pasar por el hambre de la guerra, después de los bombardeos masivos, los componentes de la clase trabajadora, no menos que después de cualquier otro desastre, no sólo pierden con la máxima probabilidad la ocupación contingente, sino que ven destruida también aquella mínima reserva de propiedad móvil que en cualquier vivienda viene dada por enseres y utensilios rudimentarios. Los títulos de los propietarios sobreviven en parte a cualquier destrucción material, porque son derechos sociales decretados para la explotación ajena. Y para escribir aún, con caracteres de fuego la ley marxista

del antagonismo viene otra constatación a la memoria de todos, de que la industria de guerra y de la destrucción son las que conducen a los máximos beneficios y a las máximas concentraciones de riquezas en manos restringidas. No se queda atrás la industria de la Reconstrucción, y la selva de los negocios y de los planes Marshall.

Por tanto, las guerras han hecho caer (sin posibilidad de equívoco a otros millones, millones y millones de hombres) en las filas de los que ya nada tienen que perder. Han dado contra el rostro del revisionismo el golpe del *knock out*. La consigna del marxismo radical debía retumbar tremenda: los proletarios, en la revolución comunista, no tienen que perder nada más que sus cadenas.

La clase revolucionaria es la que no tiene nada que defender y no puede creer ya en las conquistas con las que fue engañada en épocas de entreguerra.

Todo fue comprometido por la teoría infame de la "ofensiva burguesa".

La guerra debía dar lugar a la iniciativa y a ofensiva de los desposeídos contra la clase que tiene y domina todo, y por el contrario fue utilizada como base de apoyo en acciones de la clase dominante, dirigidas a volver a quitar al proletariado inexistentes beneficios, ventajas y conquistas de las épocas pasadas.

La praxis del partido revolucionario fue trucada con una praxis de defensa de la tutela y petición de "garantías" económicas y políticas que se pretendió que fuesen adquiridas por la clase proletaria, allí donde estaban precisamente las garantías y las conquistas burguesas.

No sólo en la frase final el Manifiesto había esculpido aquel punto central, resultado de un análisis de todo el complejo social, que años de experiencia y de lucha habían desarrollado, sino que en otro de aquellos pasajes que LENIN define como los olvidados del marxismo:

"Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas de la sociedad más que aboliendo el modo de apropiación existente, y con él todos los modos de apropiación existentes hasta ahora. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar; por el contrario deben destruir la seguridad y la garantía privada que ha existido hasta ahora".

Fue el fin, en el ejemplo italiano, para el movimiento revolucionario cuando, por orden del aún vivo Zinoviev, que pagó con un alto precio estos despistes sin remedio, se lanzaron todas las fuerzas para defender "garantías" como la libertad parlamentaria y la observancia constitucional.

El carácter de la acción de los comunistas es la iniciativa, no la réplica a las llamadas provocaciones. La ofensiva de clase, no la defensiva. La destrucción de las garantías, no su preservación. En el gran sentido histórico es la clase revolucionaria

la que amenaza, es ella la que provoca; y para esto debe prepararla el partido comunista, y no para taponar aquí y allí presuntos agujeros en la barcaza del orden burgués, que debemos echar a pique.

El problema del retorno de los trabajadores en cada país sobre la línea de la lucha clasista está en este reavivado enlace entre la crítica del capitalismo y los métodos de la batalla revolucionaria.

Mientras que toda la experiencia de los pasados errores desastrosos no haya sido utilizada, la clase trabajadora no escapará a la odiosa pretensión de sus jactados salvadores de ofensas, amenazas y provocaciones que podrían surgir mañana y que se le presentan como intolerables. Desde hace al menos un siglo, el proletariado tiene delante y sobre sí lo que no puede tolerar, y que cuanto más tiempo pasa, más intolerable llegará a ser, según la ley de Marx.

De *Battaglia Comunista*

Nº 39, 19-26 de octubre de 1949

* * * * *

LIBRERÍAS DONDE ENCONTRAR NUESTRA PRENSA

Madrid:

Antonio Machado. C/ Fernando VI, 17
Cuatro Caminos. C/ Doctor Santero 22
Visor. C/ Isaac Peral 18

Tarragona:

La Rambla. Rambla Nova 99
La Tronada. C/Jesús. REUS

Gerona:

Llibreria 22. C/ Hortes, 22

Valencia:

Tres y quatre. C/ Pérez Bayer, 7

Cádiz:

Dulcinea. C/ Duque de la Victoria, s/n

Lugo:

Souto. Plaza España, 21

Orense:

Ronsel. C/ Curros Enríquez, 21

Vigo (Pontevedra):

Ir Indo. Rua Príncipe, 22 2ª planta

Vitoria (Alava):

Herrikoa. C/ Cuchillería 76

San Sebastián (Guipúzcoa):

Hontza. C/ Oquendo, 4

Molina de Segura (Murcia):

Demos. Plaza de la libertad, 9

Sevilla:

Librería Reguera. C/ Apodaca, 23-25 y en
Avda. Ciudad Jardín, 8